

Ramón Sierra

DON JUAN DE BORBÓN



Juan

El 1 de agosto de 1936 un hombre que se hace llamar Juan López entra clandestinamente en España por Dancharinea (Navarra), el único paso fronterizo abierto en zona franquista. No viaja solo. Viste un mono azul sobre el que lleva un brazalete con los colores de la bandera roja y gualda. Sobre su pecho el símbolo de Falange y en su cabeza una boina carlista.

Tras cruzar la frontera se dirige a Pamplona y Vitoria. Su primer destino es Burgos y su objetivo unirse al batallón del general franquista Francisco García-Escámez en el frente de Somosierra.

Juan López es en realidad el tercer hijo varón de Alfonso XIII, Juan de Borbón y Battenberg. Aunque en enero de 1941 se convertiría en heredero de la corona española, en 1936 sus posibilidades de heredar eran mínimas. La renuncia de sus hermanos mayores —uno hemofílico y otra sordomudo— y la abdicación de su padre, harían de él un heredero que nunca llegó a disfrutar de los destellos de la corona, salvo el día que fue enterrado en el Monasterio del Escorial con honores de rey.

PRÓLOGO

de

Juan Ignacio Luca de Tena

Este libro que tenéis entre las manos cumple, sobre todas, una nobilísima y patriótica misión didáctica. Muchas son, en efecto, las enseñanzas y consecuencias que el curioso lector sacará de este volumen. Ramón Sierra no se ha limitado a relatar los hechos objetivamente. Y gracias le sean dadas. No es un libro para los monárquicos, que se las saben todas o creen saberlas; tampoco para los republicanos recalcitrantes. Ha sido escrito para los españoles de buena fe «sin prejuicios y sin pasiones enfermizas», a quienes interese conocer cómo son los descendientes de una familia que reinó en España durante muchos siglos. Todo el mundo sabe quién es Don Juan de Borbón y Battenberg, pero pocos, entre los treinta y dos millones de españoles, saben cómo es. En las páginas que siguen hallarán los lectores, además de esa información capital, otras tan importantes como los escritos, discursos y declaraciones reveladores de su pensamiento político; las relaciones de Don Alfonso XIII y de su Heredero con los dos últimos Reyes de los carlistas; la actitud de Don Juan durante la guerra civil; su fervoroso catolicismo; su correspondencia con el Jefe del Estado; las entrevistas que ha tenido con Su Excelencia y sus comunicados auténticos; una transcripción de las llamadas «Bases de Estoril», suscritas en 1946, fundamento institucional im-

portantísimo por sus postulados y por sus firmas para cuantos se preguntan «cómo será» la futura Monarquía española; el «famoso». Manifiesto dirigido por Don Juan a los españoles en marzo de 1945. «Decimos “famoso” —aclara Sierra— porque se dio el caso sorprendente de que fue juzgado ante un tribunal, la opinión pública, en el que se sentaban muchos acusadores, pero ningún defensor». Ya lo tiene, por ventura, al cabo de veinte años. Ramón Sierra nos demuestra que no existe una sola contradicción entre aquel Manifiesto y el que le siguió, con los discursos y declaraciones, anteriores y posteriores, en los que Don Juan ha expuesto su pensamiento político. De lo que quiso decir en aquellos discutidos documentos y de su oportunidad, hallará el lector muy elocuentes razones en este libro.

Una de las cosas que algunos obtusos le han reprochado a Don Juan es su deseo, reiteradamente manifestado, de ser Rey de todos los españoles. A este propósito dice Sierra que «si Carlos VII, el Rey de los carlistas, hubiese vencido, habría tirado por la ventana al que le propusiera aprovechar la victoria en beneficio exclusivo de los carlistas». La segunda República española pretendió aprovechar su efímero triunfo en servicio exclusivo de los republicanos. Y ese fue su mal para bien de España, porque si la República se hubiera esforzado en ser «para todos los españoles», aún tendríamos República en España.

Hay un tema al que el autor de este volumen dedica preferente atención cuando se refiere a los postulados de la futura Monarquía: el de la justicia social. Tanto en las Bases de Estoril como en todas las oportunidades que Don Juan ha tenido para declarar sus propósitos, se expresa esta preocupación: el anhelo de un mayor bienestar para las clases modestas, un más alto nivel de vida para los obreros y una legislación social tan avanzada como lo consienta la economía del país.

Ramón Sierra, mi antiguo y admirado amigo, me ruega en la amable carta con la que me honra pidiéndome el pró-

logo para esta obra, que no dude en señalar alguna discrepancia mía, si la hubiere. Y, naturalmente, las hay. Es muy difícil que dos españoles piensen lo mismo en todo, aun siendo tan afines en ideas como Sierra y yo. En diversos pasajes se refiere a la misión de gobernar, atribuyéndosela al Rey. Yo deseo aclarar que el Rey no puede ser, no será, un poder absoluto. En esto coinciden hasta los tradicionalistas más recalcitrantes, cualquiera que sea su posición actual. El aforismo «El Rey reina, pero no gobierna» no tiene hoy discrepantes. En este mismo libro su autor, en varias ocasiones, se muestra de acuerdo con mi tesis y ello queda patente tanto en las Bases de Estoril, que suscribió, entre otros, el ilustre e inolvidable jefe tradicionalista Conde de Rodezno, como en todos los documentos serios que han esbozado un programa de la futura Monarquía.

Permítame el ilustre y querido autor otra importante discrepancia, mayor aún que la señalada anteriormente, porque no creo que ésta pueda existir en realidad. En las páginas 55, 56 y 57, dedicadas al comentario de lo que pasó en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 y sus lamentables consecuencias, no parece que Ramón Sierra esté muy conforme con la decisión adoptada por el Rey de marcharse de España suspendiendo el ejercicio de sus prerrogativas. En la página 56 se dice: «El propio plebiscito que a favor del mecanismo de las elecciones municipales se había interpretado por unos y otros como una victoria republicana, hasta en el Palacio Real, distaba mucho de serlo. Las cifras de los concejales elegidos eran: republicanos, 34.368; socialistas, 4.813; comunistas, 67. Total de antimonárquicos, 39.248. Monárquicos, 41.224». Estas eran, en efecto, las cifras de los concejales elegidos. Pero y los votos que dieron el triunfo a esos concejales, ¿cuántos eran? Infinitamente más numerosos los antimonárquicos. Que yo sepa nadie se ha ocupado nunca en contarlos, pero es indudable, porque un concejal de las grandes ciudades, donde triunfaron los republicanos y los socialistas, necesitaba para

ser elegido muchos miles de votos más que los candidatos triunfantes en los pueblos pequeños. Digo esto para contestar con cifras a la argumentación de Sierra y de una manera puramente objetiva. Pero, además —y lo que voy a decir ahora ya es subjetivo—, creo apasionadamente que Don Alfonso XIII hizo entonces posible, con su actitud acertada y patriótica, el movimiento salvador iniciado cinco años después. La Guerra Civil, que ganamos en 1939, se hubiera producido, porque ya estaba latente, en 1931. Y entonces la hubiéramos perdido al luchar, no contra la nefasta realidad de la fracasada República, sino contra la ilusión que para la mayoría de los españoles significaba, en 1931, la República. Y en política es poco prudente luchar contra una ilusión. Gracias a la abnegada actitud tomada el 14 de abril por el Rey de España, la Monarquía secular seguiría siendo una solución natural e histórica.

La mayor injusticia cometida contra Don Alfonso XIII ha sido la de acusarle de haber abandonado el Trono. Su decisión fue, a mi juicio, perfecta y la más útil a España. La Corona no podía ni debía, en efecto, ponerse al frente de la guerra civil ni provocarla en 1931. Fueron muchos, incontables, los patriotas que, desilusionados del régimen republicano, que habían votado ellos mismos, combatieron heroicamente en las filas nacionales contra aquella nefasta teoría de vejaciones, sacrilegios y crímenes que la República representaba. ¿Cuál hubiera sido la actitud de esos hombres en 1931 si Don Alfonso XIII hubiese intentado resistir a la opinión manifestada en aquellas elecciones que, por errores anteriores de todos, fueron calificadas previamente de plebiscito? Para ganar la guerra era preciso que la mayoría de España perdiese su equivocada ilusión. La funesta actuación de la República hizo posible la patriótica rebeldía de los españoles, que por convicción la combatimos, pero también de otros muchísimos que por candoroso alarde reformador la votaron un domingo de abril.

Antes de volver a un acuerdo entrañable en las últimas líneas de este prólogo, que me perdone Ramón Sierra una tercera y última discrepancia, de menor entidad, porque no se refiere a opiniones, sino a un hecho histórico. Dice en la página 73, línea 20, que los carlistas «se alzaron en armas» contra Don Alfonso XII. No, por favor: los carlistas se alzaron en armas contra la primera República, y Don Alfonso XII, «el Pacificador», acabó con la discordia, muy poco tiempo después de la Restauración. El Conde de Rodezno, en su documentado libro sobre Carlos VII, afirma que cuando los soldados carlistas, acostumbrados a escuchar vítores a la República en las trincheras de enfrente, oyeron gritar «¡Viva el Rey!», se terminó la guerra.

Y ya vuelto al entrañable acuerdo, sean mis últimas líneas para agradecer a Ramón Sierra sus preciosas informaciones; por cuánto su magnífico libro contribuye al conocimiento del hombre inteligente y bueno; el Príncipe humano y lleno de virtudes que tiene puestos su corazón y su voluntad al servicio de la Patria.

Juan Ignacio Luca de Tena
(de la Real Academia Española)

LARGA ADVERTENCIA AL LECTOR

Este libro no está destinado a los monárquicos. Nada van a aprender que ya no sepan.

Tampoco va dirigido, naturalmente, a los republicanos. Sería absurdo el intento de convertir a los doctrinarios con un reportaje más o menos incrustado de elementales alegatos polémicos. Por otra parte, para convertir a un doctrinario casi hace falta que una luz celeste le deslumbré y le desmonte del caballo de sus prejuicios. En cuanto a los resentidos, sólo se los puede curar inyectándoles otro resentimiento de mayor virulencia y de signo contrario, reactivo que en ningún caso nos gustaría emplear. Por lo que respecta a los ambiciosos, no merece la pena esforzarse. Cambiarán el gorro frigio por la Corona, si la ocasión llega, con la rapidez y desvergüenza tradicionales en quienes sólo pretenden disfrutar de los rayos del sol que más caliente. Quedan los ingenuos, pero son tan pocos que no merece la pena escribir un libro sólo para ellos. ¡Ya es difícil ser, en España, ingenuo y republicano!

Escribo para las gentes de buena fe, sin prejuicios y sin pasiones enfermizas, a quienes interese conocer cómo viven en Estoril los descendientes de una familia que reinó en España desde 1700 hasta 1931, con muy breves paréntesis en los tiempos de Napoleón y de Isabel II. De una familia que fue la suprema representación de la Patria durante dos largos siglos. De una familia a la que veneraron y

respetaron los abuelos de usted y los míos. Una veneración y un respeto que no era un culto idolátrico ni degradante. Ni los abuelos de usted ni los míos se inclinaban ante un Rey porque hubiera nacido en el Palacio Real, ni sólo en consideración a sus virtudes, si las tenía, ni con olvido de sus flaquezas, si de ellas padecía, sino ante unos señores a quienes habían echado sobre sus hombros la difícil tarea de regir españoles; de unos señores, prisioneros de su destino, que no habían elegido su "oficio"; que tenían que sufrir, silenciosos, los fisgoneos y acusaciones de los fiscales públicos, de los que personalmente no podían defenderse; o, lo que es peor, el ataque, casi siempre impune, de los maldicientes profesionales o los lenguaraces irresponsables, tan estrictos para la condena de los demás como largos en la absolución de sus propias culpas.

Me dirijo a los que comprenden que si la Historia transformó tantas veces y en tan distintos lugares las monarquías electivas en hereditarias, no lo hizo por capricho, ni pensando que la Providencia iba a forjar una cadena indefinida de Reyes santos y sabios, sino porque así era más ventajoso para los Reinos. Porque nuestros abuelos entendieron que era mejor que pasase la Corona del padre al hijo —sin perjuicio de descabezar a éste si no era buen cumplidor de sus obligaciones— que elegir el Monarca entre una baraja de ambiciones pretendientes.

Destino este libro a los que quieren seguir las recomendaciones del Jefe del Estado cuando dice que la Monarquía católica, social y representativa, es el mejor sistema de coronar el grandioso edificio que empezamos a levantar en 1936; y gusten de saber la pequeña historia de los descendientes de unos Monarcas que presidieron nuestra grande historia. Una historia que la hicimos entre todos los españoles: los Reyes y los súbditos; los Reyes buenos y los Reyes malos; los Ministros ejemplares y los Ministros viles; los héroes y los cobardes; los "blancos" y los "negros"; los santos y los pecadores; los listos y los tontos.

Pero no faltarán quienes le adviertan, si se decide usted a leer este libro, que va a emplear muy mal su tiempo, porque este problema de los sistemas de Gobierno está ultrapasado, muerto, superado por otros problemas vivos que son los que corresponden a nuestra época. En la era de los viajes interplanetarios, de los cerebros electrónicos, de la automatización, de los cuatro o cinco días de trabajo semanal, de la socialización de los medios de producción, de la educación, técnica y superior, masiva, del seguro total..., de la victoria de la eficacia sobre la garrulería ¿a quién le importan tales disputas? Sin embargo, todavía no se ha inventado ninguna manera de dejar flotando en el espacio un contenido sin su respectivo continente, ni la posibilidad de que un cuerpo social viva y se desarrolle sin una fórmula jurídica institucional que le garantice soberanía e independencia, es decir, sin un Estado que administre la justicia y proteja y promueva su progreso. Y todos los Estados que en el mundo han sido se han visto obligados a encajar sus instituciones dentro de uno de estos dos sistemas: o la Monarquía o la República. O el Poder en manos de una persona física o el Poder en manos de varias. Aunque, como ocurre con toda clase de sustancias, son muchas y variadas las etiquetas que a lo largo del tiempo y del espacio se han puesto en los frascos que las contenían; y aún más variadas las combinaciones que se han inventado para moderar ese Poder, en las Monarquías y en las Repúblicas, cargando tanto la mano, a veces, en esa moderación, que hace falta la lupa de un profesor para saber si un Estado es una República o una Monarquía. Operación casi tan difícil como la de determinar si algunos seres son plantas o animales. Y así hay monarquías que sólo tienen de tales la etiqueta del frasco, pero no el contenido, y repúblicas que no se atreven a llamarse monarquías, aunque sustancialmente lo son. Pero que las operaciones de clasificación sean difíciles no quiere decir que haya otras esencias distintas de la monárquica o de la republicana.

En cambio, las fórmulas de moderación que se pueden elegir son infinitas y todas tienden a resolver el mismo problema: que el Poder no degenera en tiranía. Ha habido déspotas monárquicos y repúblicas despóticas. Una de las fórmulas más aplicadas ha sido la de dividir el Poder —que es indivisible— en tres Poderes: el legislativo, el ejecutivo y el judicial. Lo que se puede dividir son las funciones o manifestaciones del Poder, las legislativas, ejecutivas y judiciales. Nunca se ha dividido el Poder, es decir, la suprema decisión; lo que se ha hecho es disimular la facultad de decidir dentro de la cáscara de una de esas funciones. Cuando todo va bien nadie advierte el truco, pero cuando vienen mal dadas, uno de esos Poderes se alza con el santo y la limosna. El ejecutivo disuelve el Parlamento y sojuzga a los jueces, o el Parlamento se erige en Convención y somete a los ministros y a los magistrados. Y si usted, mi querido amigo, no resuelve bien y previamente este problema institucional, no podrá dedicar con tranquilidad sus afanes a esos otros problemas que son los que verdaderamente le preocupan. Es como montar un tálter modernísimo, estupendo, sin techo y sin muros. La primera tormenta lo dejará inservible.

Ya sabemos —nos replicarán esos alertadores— que necesitamos de unas instituciones básicas. No somos anarquistas, pero el problema no descansa en la elección de unas instituciones, sino en la necesidad de considerar este dilema como un simple problema de técnica administrativa que ya no encaja dentro de arcaicos idealismos. La época de los ideales románticos, de los sentimentalismos partidistas, ha pasado... Estamos metidos en una segunda fase de la revolución industrial y la técnica del progreso que nos lleva a un mundo mejor, más justo y más confortable, es el único ideal de nuestro siglo. La política debe quedar subordinada. Terminó la época de los estadistas licenciados en Derecho y amaneció la era de los graduados en Matemáticas.

Humildemente pedimos permiso para proclamar que los hombres nunca podrán vivir sin ideales que superen las apetencias materiales, sin metas de perfección espiritual, sin algo que aguce sus inteligencias y caliente sus sentimientos como medio de alcanzarlas. Es cierto que algunos de esos ideales cambian con los tiempos. Unas aspiraciones tradicionales se postergan y otras nuevas se instalan en la primera línea. Sin embargo, por mucho que se modifiquen las estructuras sociales, al compás de las revoluciones técnicas, la Sociedad, con idealismos o sin ellos, nunca podrá escapar a las grandes leyes que le fueron impuestas por el Creador de la naturaleza social del hombre y de la propia sociedad. Y una de ellas es que los pueblos no pueden regirse sin una política y que la técnica no es una política. Como ha precisado Salazar, la política define lo que debe hacerse; la técnica, cómo debe hacerse. La nave política no puede navegar sin brújula, ni puede permanecer indiferente a las grandes interrogaciones de cada época. Tiene que hallar una respuesta. Un gobernante puede ser un técnico, pero desde que acepta el Poder se convierte en un político. Ante los derechos de origen divino de la Iglesia tendrá que permanecer indiferente, hostil o respetuoso. Ante las libertades naturales, el derecho de propiedad individual, el derecho de representación, el de participación en las responsabilidades de Gobierno, el de la distribución de los beneficios de una empresa... el Estado tiene que tomar una actitud, seguir una dirección, establecer, en definitiva, una política. Luego los técnicos podrán, por ejemplo, decirnos cómo se debe adecuar el ejercicio del derecho de propiedad a las nuevas necesidades técnico-económico-sociales, a todas las socializaciones que la vieja e insustituible ley del bien común exija. Pero como la política actúa sobre hombres y no sobre máquinas, habrá que ilustrar las conciencias para domar los egoísmos y excitar los sentimientos de amor al prójimo, a fin de hacer más fáciles los sacrificios que toda limitación del ejercicio del derecho de propiedad

supone. Primero, inexorablemente, hablarán los políticos; luego, les llegará el turno a los técnicos.

Y si hubiera que elegir entre el sistema monárquico o el republicano no se podrá recurrir ni a la anestesia ni a la asepsia de la opinión pública. Esta deberá saber lo que han sido, concretamente, en España, la Monarquía y la República, que no han sido fórmulas sino sistemas de Gobierno, a los que se ha adherido históricamente una teoría de respuestas a todas esas interrogaciones fundamentales de que antes hablábamos, con sus inevitables reacciones sentimentales, unas reacciones que en su día arrastrarán a los que ahora son indiferentes, como los han arrastrado siempre porque nosotros no somos un pueblo de lapones, sino de meridionales incandescentes.

Pero lo más absurdo es suponer que la Monarquía puede cegar los caminos hacia esas nuevas estructuras sociales, hacia ese mundo mejor. ¿Por qué? Poca confianza tienen en sí propios y en sus convicciones los que afirman que los progresos técnicos, sociales y económicos serán detenidos por la presencia de un Rey en un Palacio, sobre todo si ese Rey no debe a las viejas estructuras otra cosa que la legitimidad de los derechos hereditarios de una representación secular. Las Tiaras y las Coronas se han prestado siempre a todos los "aggiornamentos" justos y necesarios. Ocurre —también conviene decirlo— que no todo es trigo limpio en este campo de los tecnicismos. Nunca se ha inventado una fórmula más eficaz para desprenderse de las incomodidades de una filiación política. Es, en algunos casos, un truco que dejaría estupefactos a nuestros viejos políticos si resucitaran. Ellos sólo habían conseguido inventar el Reformismo. Ahora, disfrazándose de técnicos, pueden tener en sus manos una cartera sin preocuparse de los vientos que soplan. Y participar lo mismo en un Gobierno de Su Majestad que en un Gabinete comunista.

Comprendemos que se nos ha escapado la pluma y vamos a cerrar estas tan primarias consideraciones con unas

palabras del Conde de Barcelona ante un grupo de españoles que recientemente le visitaron y que se relacionan con el tema de que venimos hablando.

«Bien sé que priva en política la moda del tecnicismo que abusivamente interpretada conduce al predominio de una tecnocracia caracterizada por un constante oportunismo, capaz de corroer los más puros ideales políticos. La complejidad creciente de los problemas sociales y de la administración estatal hacen absolutamente imprescindible la apelación a muy diversas técnicas para poder hacerle frente, pero debemos cuidar de que esto no anule los altos valores humanos y espirituales sin los cuales la vida pública se convertirá en una especie de laboratorio de robots».

El Autor

1 LOS CAMINOS QUE LLEVAN A ESTORIL

A muy pocos españoles se les ocurre visitar Portugal cuando planean viajes por el interior de la Península con ánimo de ir descubriendo, paulatinamente, las tierras y las ciudades que quedan al margen de sus habituales itinerarios, tan pocos y tan reiterados. Y no es que piensen que lo primero que deben conocer es su propio país —motivo loable y sensato—, sino que sienten una especie de inercia secular que coloca a Portugal fuera de la órbita de su curiosidad. Una inercia que sólo fue vencida, episódicamente, a principios de siglo, cuando se puso de moda, sobre todo entre las clases modestas españolas, veranear en Espinho y Figueira da Foz. El automóvil, al poner tan a mano Lisboa, singularmente para los gallegos, los extremeños y los andaluces, nos va curando de esos desvíos, y el avión comienza a enseñar a los madrileños que se pueda llegar al mar, y a una bellísima ciudad, en menos tiempo que a ninguna otra de su porte, si se vuela en un reactor. Si mira usted su reloj cuando estos monstruosos cohetes abandonan las pistas de Barajas y vuelve a consultarlo cuarenta minutos más tarde, estará ya volando sobre los tejados de Lisboa. Pero, a pesar de que es tan fácil llegar a esta gran capital portuguesa —y tan cómodo si duerme usted bien en el tren, que es, además, el mejor sistema de transporte cuando no se quiere